

de la comunión de los santos; recordaban que sus muertos estaban unidos a Cristo lo mismo que ellos o, si se quiere, más todavía, pues el pecado mortal no podía ya arrebatarles esa unión. El jugo de la vid divina, la sangre de Cristo, de quien ellos seguían siendo los sarmientos, corría por sus venas, y esto hace que, aunque envueltos en las llamas de la purificación, su sueño sea el sueño de la paz. Este sentimiento es el que creó la voz con que se designaba el lugar destinado para sepultar a los muertos: cementerio, etimológicamente, sitio de descanso. Para el cristiano la muerte no destruye la vida, sino que la cambia. Cuando se deshace el cuerpo en que ha estado alojada la vida, ya está preparada una mansión eterna en el cielo, una casa «de bienestar, de luz y de paz».

TAMBIEN NOSOTROS

Viene luego un memento más personal. También nosotros, los que asistimos a la Misa, tenemos derecho a recoger los frutos de la oblación. En nombre de todos los presentes, el sacerdote dice en voz alta estas palabras: *Nobis quoque peccatoribus*. Y se golpea el pecho, gesto de humildad en armonía con las palabras que acaba de decir. Somos pecadores, pero por virtud del sacrificio tenemos la esperanza de gozar un día de la bienaventuranza que gozan ya los santos. Y recordamos los nombres de algunos de ellos, los más venerados en la Iglesia romana durante los primeros siglos.

Encabeza la lista el precursor: San Juan Bautista. Después siguen catorce más: siete hombres y siete mujeres, todos mártires: Esteban, el primer mártir del cristianismo, el diácono impetuoso que fué lapidado por los judíos de Jerusalén; Matías, escogido para el honor del apostolado en lugar de Judas; Bernabé, el compañero generoso de San Pablo en sus primeras fatigas misionales; Ignacio, el obispo de Antioquía, que, llevado a Roma para morir en el an-

teatro, escribió aquellas palabras memorables: «Trigo soy de Cristo; seré molido por los colmos de las fieras para convertirme en blanco pan»; Alejandro, un papa del siglo II; Marcelino, mártir de Roma, que vivió hacia el año 300, y Pedro, otro testigo de la fe, que no pertenecía al orden sacerdotal. Entre las mujeres, a Perpetua y Felicidad, dos mártires africanas del tiempo de Tertuliano, la una patricia, la otra esclava, una y otra igualmente admirables en la confesión de la fe; Agueda, la virgen varonil, que sufrió el martirio en Sicilia durante la persecución de Decio; Lucía, la patrona de Siracusa, una de las últimas víctimas de la décima persecución; Inés, la heroína romana, cuyo nombre nos recuerda los Agnus, o corderos de cera, que el Papa bendice el 21 de enero, día de su fiesta; Cecilia, la conocida patrona de los músicos, la que llevaba siempre el evangelio de Cristo junto a su corazón, y, finalmente, Anastasia, que tenía en Roma una iglesia, donde se decía la misa de la Aurora el día de Navidad, costumbre perpetuada en la conmemoración que se hace de ella todavía en la segunda misa de esa fiesta.

LA NATURALEZA ENTERA

Una intención más todavía. Hemos dirigido nuestra mirada al trasmundo; la hemos hundido en el interior de nuestras almas, y tras esto la derramamos en torno nuestro hacia el mundo que nos rodea. Un tercer recuerdo, pensando en toda la naturaleza, un recuerdo muy breve, pero lleno de una honda significación, ya que en él se nos presentan todas las cosas creadas en relación con Aquél, a quien nuestra fe ve presente en el altar, y «por quien, ¡oh Señor!, creas, santificas, vivificas, bendices y nos das todos estos bienes». Es, en primer lugar, la afirmación de que todas las cosas fueron creadas por Dios Padre por medio de su Hijo, Verbo eterno y causa ejemplar. «Todo fué hecho